

MACINTYRE, ALASDAIR: *Animales racionales y dependientes*. Barcelona. Paidós Básica, 2001.

El Autor de *After Virtue, Whose Justice? Which Rationality* y *Three Rival Versions of Moral Enquiry*, revela aquí una de las cualidades más nobles del intelecto humano: la capacidad de rectificar, mostrando al lector desde el Prefacio, la firme intención de subsanar equívocos que él mismo observa en algunas de sus investigaciones anteriores.

Ante todo busca enmendar un primer error cometido en *Tras la virtud*, donde MacIntyre ofrece una explicación de las virtudes -entendidas en sentido aristotélico- y del lugar que éstas ocupan en la sociedad, en la vida de los individuos y de las comunidades, pero desconociendo la condición animal originaria del ser humano y en consecuencia planteando una ética desencarnada, independiente de la biología. En este Libro, corrige su omisión y observa cómo el hombre, un ser constituido biológicamente, sólo se desarrolla moralmente en y a partir de esta condición originaria. A partir de esta observación, surgen entonces dos preguntas, que no sólo significan la base de una profunda investigación filosófica, sino también un importante punto de partida para la reflexión práctica sobre las dimensiones morales de la vida: 1) ¿Por qué es importante estudiar y entender lo que el ser humano tiene en común con miembros de otras especies? 2) ¿Por qué es importante que los filósofos de la moral estudien la vulnerabilidad y la discapacidad humana?

Un segundo error que el Autor busca corregir, es la relación que une Aristóteles y Tomás de Aquino tal como aparece expuesta en *Justicia y Racionalidad* y *Tres versiones rivales de la ética*. Ahora, MacIntyre revela que, profundizando en el pensamiento del Aquinate, llegó a descubrir que la explicación de las virtudes dada por santo Tomás no sólo complementa la Aristotélica, sino que la corrige en mucha mayor medida de lo que él mismo había advertido. Es decir, revaloriza los aportes tomistas que se relacionan con las virtudes que el ser humano, por su condición animal, necesita cultivar y la urgencia que el hombre tiene de desenmascarar su naturaleza vulnerable y dependiente.

MacIntyre señala que todo individuo depende de los demás para su supervivencia. Esta dependencia resulta obvia durante la infancia y la senectud pero no resulta tan evidente en otros momentos del desarrollo humano. Sin embargo, entre estas primera y última etapas de la vida, es frecuente que el hombre tenga períodos más o menos largos en los que padece alguna lesión, enfermedad, discapacidad, e incluso pueda resultar discapacitado de por vida. «Cuando se reflexiona sobre los discapacitados se invita a pensar en los «discapacitados» como «ellos» diferentes de «nosotros», como un grupo de personas distintas y no como individuos como nosotros, en cuya situación nos hemos visto alguna vez, o nos vemos ahora o probablemente nos verteemos en el futuro» (p. 16).

El Autor centra la atención en aquello que el ser humano, por su naturaleza animal, comparte con miembros de otras especies inteligentes aunque carentes de lenguaje, como los delfines. Descubre que no sólo es válido atribuir

a algunas especies intenciones y razonamientos para actuar, sino también que el hombre en sus inicios, como agente racional, se encuentra en una condición muy similar. Luego, observa la vulnerabilidad y la discapacidad que domina la vida humana en la infancia más temprana, en la senectud y durante el tiempo en que se padece alguna lesión o alguna enfermedad física o mental. Así, concluye que la identidad humana es, y sigue siendo después, una identidad animal y, en consecuencia, el hombre siempre necesita depender de los demás.

Luego, se pregunta qué significa florecer para el ser humano en cuanto animal racional vulnerable y dependiente y qué cualidades de carácter hacen falta para recibir de los demás lo que uno necesita que le den y saber dar lo que los otros necesitan recibir de uno. Ante estos interrogantes responde que para florecer hacen falta tanto las virtudes que permiten al ser humano operar como razonador práctico independiente y responsable, como las virtudes que llevan a reconocer la propia dependencia respecto a los demás. Estas virtudes, nacen y se desarrollan cuando se participa de las relaciones sociales de reciprocidad, que son relaciones sociales regidas, y en parte definidas, por las reglas de la ley natural. Subraya así, la necesidad que tenemos los seres humanos de los demás para llegar a ser razonadores prácticos e independiente, ya que sólo es posible formar el juicio reflexionando críticamente en común sobre las creencias y conceptos compartidos; es decir, por ser el hombre un ser social, necesita para su perfeccionamiento un ámbito de especulación social, que a su vez demanda ciertas virtudes en quienes toman parte en esa red de relaciones.

Además, -como es frecuente que la persona experimente conflictos muy profundos entre impulsos y deseos egoístas y altruistas durante la infancia, la niñez o incluso en la adolescencia- señala la importancia de la educación, la cual tiene como principal tarea transformar e integrar esos deseos e impulsos en una inclinación hacia el bien común y hacia los bienes individuales, es decir la adquisición de hábitos que son virtudes. También se refiere a la imposibilidad de impartir una educación moral separada de la educación en general, ya que considera que las virtudes se aprenden en el desempeño de las distintas actividades prácticas en las cuales se ejercitan. «Educar en las virtudes y en las habilidades correspondientes es sólo enseñar a desempeñar bien esos roles y funciones (...)» (p. 108). En esta línea, acentúa la necesidad de modelos y dice que es fundamental que los maestros procuren desarrollar los hábitos que buscan inculcar y otras virtudes propias de su rol docente. «Será necesario que los profesores del niño, para poder educarlo tengan ellos mismos esas virtudes» (p. 107). En consecuencia, una buena educación será aquella que asigne un lugar adecuado a una serie de virtudes necesarias para reconocer la dependencia; lo cual implica una revisión de la interpretación tradicional de las virtudes y la exigencia de considerar en esta educación los afectos, las simpatías e inclinaciones.

Posteriormente, MacIntyre se detiene en la relación de la familia con el entorno social, destacando la responsabilidad de los padres como portadores de recursos y modelos para sus hijos. Considera que la calidad de las relacio-

nes de los miembros de la familia repercute en la calidad de las relaciones de sus miembros con otras instituciones y advierte la necesidad de un entorno propicio: las familias florecen en tanto y cuanto el entorno social también florezca. «Las fortalezas y logros de una familia, o sus fracasos y debilidades, son inseparables del entorno social. (...) los bienes de la vida familiar se alcanzan en los bienes de la comunidad y junto con éstos» (p. 158 – 159).

Una vez comprendida la importancia de la educación en virtudes, el Autor centra la atención en el concepto de bien común y observa la necesidad de comprender que el bien del individuo no se encuentra subordinado al bien de la comunidad, ni viceversa. Dice que para conseguir y definir el bien particular en términos concretos, el individuo primero debe identificar los bienes de la comunidad como bienes propios; lo cual no significa interpretar el bien común como la suma de bienes individuales, ni como un bien que se construye a partir de los bienes de cada uno; pero tampoco, el bien de cada individuo particular puede en ningún caso quedar reducido al bien común. Luego, existen bienes comunes distintos de los bienes de la comunidad como un todo, como por ejemplo los bienes de las familias y de otros grupos sociales.

MacIntyre comprende que la práctica de las virtudes del reconocimiento de la dependencia y de las virtudes de la independencia requiere una búsqueda compartida del bien común que reclama aprender a participar y asumir responsabilidades compartidas: «ahí donde las virtudes de la dependencia se pongan en práctica deberá haber una idea común sobre la asignación de las responsabilidades respecto a las personas dependientes y sobre los criterios a partir de los cuales se mida el éxito o el fracaso en el desempeño de esas responsabilidades» (p. 156). Precisamente, será por medio de la educación que el individuo podrá adquirir las virtudes que le permitan llegar a ser un razonador práctico e independiente capaz de decidir como orientar su vida en función del bien propio y de los demás; es decir gobernar su vida en orden al bien.

El Autor observa que las relaciones de reciprocidad y dependencia requieren una estructura política y social determinada, de allí la pregunta acerca de cuáles son las formas políticas y sociales necesarias para alcanzar el bien común de quienes participan en estas relaciones de reciprocidad. Considera así que las relaciones morales y políticas exigidas para la consecución de este bien común conllevan compromisos, que en algunos aspectos son incondicionales, no sólo con una cierta diversidad de bienes, sino también con esos otros individuos junto con los cuales se busca el bien común.

Para MacIntyre, los acuerdos de la comunidad no pueden estar sólo sustentados sobre bienes sino también sobre normas, porque la comunidad se constituye como una red de individuos que dan y reciben y donde «el cumplimiento de estas normas es un elemento esencial (...) para desempeñar debidamente cada una de las funciones de esa red» (p. 130). De este modo, siguiendo a Tomás de Aquino, comprende el valor de las normas como medios requeridos para el ejercicio de las virtudes; es decir, necesarias para el florecimiento humano y en consecuencia para el florecimiento de las comunidades. Sin embargo, las normas no tienen su anclaje fuera de la virtud, porque el

florecimiento, que es precisamente el *télos* humano, reclama el ejercicio de las virtudes. En consecuencia, los individuos y las comunidades sólo pueden florecer de un modo específicamente humano mediante la adquisición de virtudes.

Finalmente, después de una minuciosa reflexión, llegamos a la afirmación dada por el Autor de que el valor de las acciones está dado por las virtudes que las sustentan: «por ello, en la práctica, cuando (alguien) se pregunta «¿Por qué has hecho esto? Resulta siempre suficiente responder: «Porque era lo justo», «Porque era un acto de valor». «Porque es lo que una persona decente hubiera hecho. Pero desde el punto de vista teórico, no sólo es posible y es necesario responder otra pregunta: ¿«Por qué es una respuesta suficiente?», y lo que hace que sea suficiente es que los individuos y las comunidades sólo pueden florecer de un modo específicamente humano mediante la adquisición y el ejercicio de las virtudes» (p. 133)

Este Ensayo choca con la mentalidad positivista propia de un hombre autónomo e independiente que busca crear un mundo a su medida, gusto y capricho. Aquí, MacIntyre abre las ventanas al hombre, que sumido en la claustrofobia de la modernidad, es incapaz de mirar las necesidades de los demás y reconocer que él también es necesitado. Sin embargo, cuando el hombre valora su íntima dependencia, se reconcilia con la humanidad, comunica su propio límite y revitaliza la dignidad humana. De este modo, el ser humano descubre que su mayor riqueza no está en la capacidad de poder, dominio y tener, sino en lo más íntimo de cada hombre, en la virtud que posee, en la capacidad de darse en servicio de los demás y de saberse necesitado de la ayuda que los demás le puedan brindar.

María Isabel Casiva Gaitán

ZUBIRÍA, MARTÍN: *Las doctrinas sapienciales de la antigüedad clásica en el lejano oriente. Confucio, Laudse, Buda*, Buenos Aires, Quadrata, 2003.122p

Este libro presenta en su totalidad las *lecciones* sobre la así llamada filosofía oriental dictadas por el autor durante el primer semestre de 2001 en la Cátedra de Historia de la Filosofía Antigua, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza). En sus lecciones, que en tanto herederas de la *'lectio'* medieval buscan recuperar el *éthos* propio del profesor universitario, el autor da a conocer, desde hace ya más de diez años, los resultados de sus estudios sobre el presente de la filosofía, los cuales se encuentran determinados fundamentalmente por la obra de su Maestro, Heribert Boeder, para quien la tarea actual del pensar consiste en un sereno prestar oídos a